

Cuentos del paraíso de las islas 12-18

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 23/11/2023
Número de páginas: 15
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



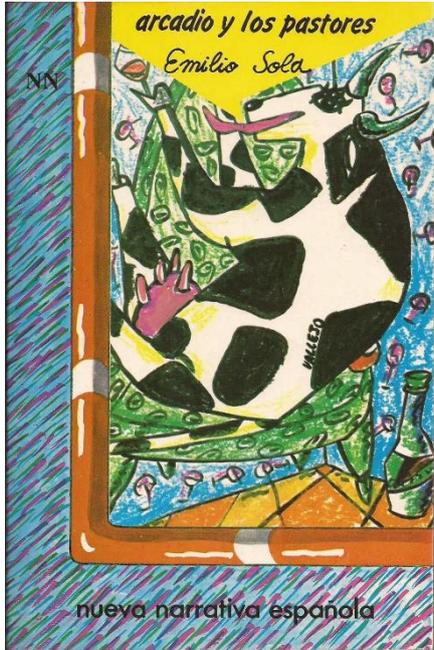
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

18 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. 9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo 13
3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. 22
4. El grupo del valle del Mago 32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires 40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. 50
7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago 61

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza . . . 75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla 87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago 97
4. Los rebaños de la trashumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros . . . 106
5. La breve experiencia de trashumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato 114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago 124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov 134

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín.	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia. . . .	210
Dedicatoria y Final	223

4.— Sorprendía —y a este amanuense el primero, aún me sorprende cuando escucho sus canciones registradas— la sensibilidad y sabiduría de Olga Marruz para la música, sobre todo a aquellos que la conocían más de cerca por haber convivido con ella; una mujer tan endemoniadamente compleja y con tantas crisis y desasosiegos y alcoholismo, cuando tomaba la guitarra o se encerraba un tiempo para componer canciones se convertía en un auténtico animal musical, en una máquina perfecta para la armonía y el ritmo. Podías verla una tarde de borrachera —siempre se emborrachaba con las últimas luces del día, raramente a mediodía o por la tarde— garabatear sobre cualquier papel unas notas y unas flechitas o puntos en claves que ella solía más tarde interpretar y sobre las que trabajaría en la resaca de la mañana siguiente, y podías adivinar que en el centro de aquel caos que podía ser su cabeza enervada por el alcohol se había encendido una lucecita que podía ser el arranque de una nueva hermosa canción o de una simple melodía; cuando alguien se daba cuenta de que el prodigio había sucedido velaba porque la mujer no extraviara el apunte en su extravío o desvarío personal, o bien se lo quitaba con delicadeza para dárselo al día siguiente por la mañana, recién levantada y lavada; ella lo sabía agradecer con una sonrisa y un beso, “gracias, sois todos muy corteses conmigo”, decía, o “agradezco tu deferencia con esta loca mujer”, echaba un vistazo al papelín, comentaba “bien, muy bien” o “¡vaya tontería!” y pasaba a algún lugar tranquilo a trabajar, siempre su cuaderno y su guitarra al lado. En el valle del Mago, según me contara Don Fion, que admiraba a aquella compleja y extraordinaria mujer, solía hacerlo los días de buen tiempo bajo la acacia abuelo del bosquecillo, en los días de mal tiempo en el interior de la casa despertador de pájaros misma, en un rincón del lugar que usaban de estudio Yeni y Filis. Los días que tenían función solía beber menos antes de actuar, pero mucho durante la actuación y tras ella, su voz y sus gestos se calentaban y adecuaban a la calentura del alcohol en sus venas y, en actuaciones memorables, terminaba en verdade-

ro éxtasis alcohólico-musical, extenuada ya no se podía decir si por la música, la marcha, el alcohol o qué, hasta el punto de tener que sacarla entre varios amigos de escena cuando veían que ya no podía mantener el tipo. Esos días, sin embargo, dormía feliz un sueño de piedra impenetrable y a la mañana pasaba su tremenda resaca en plena creación o la paseaba sin más por algún lugar apacible. Pero a la hora de la siesta volvían sus demonios, esta vez desatados por lo que ella llamaba su “furor uterino”; está claro que Olga Marruz había sido una mujer muy folladora, muy ardiente y de deseo sexual presto, pero no lo está que padeciera realmente furor uterino; a este amanuense le comentó un día que su afición al alcohol la había tomado al comprobar que un uso abusivo de él la liberaba de su exacerbado deseo y la hacía sentir bien. En fin, sea lo que fuere, la Olga sigue siendo mujer que hace a uno descubrirse, como decían los antiguos, quitarse el sombrero. Había llegado al paraíso de las islas a los veinte años, el año de la muerte de don Borondón el Babilónico y del Turco Terki, por poner dos ejemplos que han salido en este relato aunque sea tanjencialmente, precisamente con la americana colombiana Nico, ya casi cuarentona por entonces pero mujer de gran envergadura y vitalidad, verdadera mensajera y, más aún, embajadora entre el Caribe y el Mediterráneo; había llegado también con la cabeza caliente por las historias que se contaban en su tierra de origen sobre la yanqui-chicana Mariquita Linda, o Luna Lorenzo, una extraordinaria actriz en su juventud aún recordada en toda América, incluida Yanquilandia, que en el momento de máximo éxito había dejado todo y se había venido al paraíso de las islas en donde había llegado a jugar un papel muy destacado en la organización de la famosa casa-jaima de Zeralda; compañera de Gina Manfredi y de tantos y tantos otros personajes-mito, verdadera pionera, Mariquita Linda o Luna Lorenzo había subyugado desde muy niña a la futura cantante Olga Marruz —decenas de libros ilustrados circulaban por América con su vida ejemplar, así como sus películas más representativas en vídeos que seguían editándose con gran éxi-

to— hasta hacer que ésta siguiera los pasos de su adorada Mariquita Linda: en pleno éxito en el Caribe como cantautora de boleros y salsa y tras su decisiva conexión con Nico en uno de los viajes de ésta, Olga Marruz se vino al paraíso de las islas con veinte años, como ya dejara dicho, una guitarra, todo su dinero ahorrado —que de bien poco le sirvió al integrarse nada más llegar en los grupos de las islas y de la costa— y unas tremendas ganas de vivir y de cantar. Los diez años siguientes de su vida fueron una verdadera edad de oro para Olga Marruz, sus estancias en Spalato y en el chiringuito de Eulogio como compositora y animadora de multitud de grupos aún hoy recordadas allí como decisivas para la música que se hacía en aquellos estudios privilegiados. Era la Marruz en su plenitud física que todos gustamos recordar, todo vitalidad y exuberancia, su endiablado movimiento en escena marcando la plenitud del ritmo, de la danza. Y sucedió aquello que ella recuerda como la tuisa —nunca pudo explicarme por qué la llamaba así— de la ciudad de los vientos, antigua Gūajarán. En una amplia gira que partía de Palermo, recorría Italia, el sur de Francia, el levante español —con su actuación estelar para la grabación en el chiringuito de Eulogio— y pasaría a la costa magrebí hasta Túnez para retomar de nuevo fuerzas en Sicilia, seguir por la costa africana hacia oriente, remontar hasta Esmirna —nueva actuación estelar en las ciudades modulares de hijos del agobio—, seguir hasta la nueva grabación en Spalato y, en una fase final, recorrer innumerables islas, Olga Marruz perdió pie en la ciudad de los vientos y hubo de abandonar; la grabación del chiringuito de Eulogio cerraba toda una época para ella; la de Spalato prevista, nunca se llegó a realizar. El punto de inflexión, lo que ella llamaba la tuisa de la ciudad de los vientos. Intentaré reconstruir sus palabras sobre notas que tengo de una sesión de recuerdos personales que me dedicara un día, sus ojos pura chispa emocionada y elocuente.

—No sabes la que pudimos organizar en la ciudad de los vientos, chico. Ni un bolero canté, pura salsita rica y rumba y samba, nuestro grupo a cien, yo sin la menor cosa así

de alcohol en el cuerpo, entonces sí que resistía la marcha-marcha... ya ves —y recuerdo aún su pausa del “ya ves”—. Había también un grupo rai de la ciudad que se nos unió y, improvisando y en caliente, aquello duró lo incalculable y el auditorio se venía abajo de baile y marcha; tuvieron que regarnos con una manguera, como en el gimnasio de lo del Eulogio hacen cuando la gente lo pide, cosa de media hora, sin parar la música, chico, que era maravilla. Luego vino lo de la invitación a un pueblo vecino; no estaba previsto, pero la delegación era una muchachada simpática y se pensaba en una expansión próxima de los grupos hacia aquellos lugares, total que aceptamos encantados de la vida, tú, y aquello fue apoteósico... Yo había tomado un poco, nada más que un poco de vino de la región, un rosado viejo riquísimo, pero nada, una miajita de nada, entonces yo marchaba a pura sangre caliente, ya ves... —y otra pausa en un nuevo “ya ves” que recuerdo aún con nitidez—. Yo había notado que había mucho más macho que chicas en la fiesta, pero me explicaron que aún eran gentes poco acostumbradas a la integración de sexos y tal, que pronto sería diferente; luego supe que era tierra de hombres duros de sobrio joder y mujeres faltas de caricias, pero era tarde. Yo había estado brillante en el espectáculo y al parecer puse a cien de calentura a no pocos de aquellos chicos; total, que me invitaron a dar una vueltecita, tomamos unas copas, el grupo y los amigos se fueron desperdigando y me encontré de repente animadísima y locuaz con no menos de dos docenas de muchachos que me miraban, y sus miradas brillantes en su rostro moreno y hermoso no las puedo olvidar, me seducen aún, coqueta con todos, mira tú, y empezó la tuisa... uno a uno las dos docenas de chavales pasaron por mi cuerpo, yo al principio contenta, tranquila y relajada, un poco inconsciente ante tal manifestación de calentura, pero cada vez más inquieta, algunos había que me hicieron mucho daño, como si una mano gigante se me metiera en las entrañas y me revolviara en ellas, sus hermosas miradas y aquellos rostros iluminados tenuemente por una casi luna llena en el cielo muy despejado fueron poco a poco pare-

ciéndome satánicas, algunos querían repetir y al rogarles que no, por favor, “miradme, por favor, lo necesito... si lo sabéis y apreciáis por qué, miradme”, creo recordar que era lo único que acertaba a decir y creo también que lo comprendían, los que querían repetir se abstuvieron, algunos se me masturbaron encima con una mirada tierna y amorosa que aún llevo clavada dentro, qué quieres que te diga; comenzaba a amanecer, me encontraba exhausta y dolorida, bañada en esperma y luego comprobé que en sangre también, dos o tres de ellos que se dieron cuenta alertaron a los otros y, en grupo, me llevaron con mimo enternecedor al hospital del pueblo. Me pidieron mil perdones, me hicieron multitud de regalos, me cubrieron de flores... No quise denunciar el hecho como ofensa... Sé que todos —luego me los fui encontrando por ahí— ganaron el paraíso de las islas pronto, que son encantadores colegas en muchos grupos, qué sé yo, chico. De ahí nació mi hijo Bienvenido Marruz. No pude continuar la gira con mi grupo, pero de ahí nació también la nueva Olga Marruz, más desquiciada tal vez, más individualista o, como antes se decía, cantautora, más... como veis hoy día: diferente. Uno de aquellos chicos me acompañó dos años como un fiel lazarillo acompañara a un ciego y, ya en Palermo, cuando con Leila Naser madre e hija y Felice Otromundo decidí volver al espectáculo, le rogué que hiciera su vida; de alguna manera había hecho de madrina o tutora de él, mi hijo Bienvenido en la casa de los niños ya... ¿Qué más quieres que te diga, chico? La tuisa tiene esa fuerza maldita que te muestra que todo mal es hermoso salvo el asesinato; porque, finalmente, ¿qué puede ser el mal salvo la desgracia irreparable? Ya ves... —y esta fue su pausa más larga, antes de terminar—. Sin embargo, mantengo mi teoría personal peculiar; los chavales con gran polla tienen mejor carácter que los chavales con polla pequeña; no es por nada, pero se sienten más seguros de sí mismos, más relajados, más desinhibidos... —y parecía que Olga, su enésima copa apurada al lado, comenzaba a divagar—. Y con entero convencimiento te digo también que me gusta la gente que muestra en su

rostro y en su físico todo ausencia de inteligencia; me explico: me atraen, me motivan, me enamoran, capto al instante su autenticidad y tiemblo... Una sola mirada, un solo gesto, y comprendo de inmediato hasta lo que no comprenden —y tras beber de un sorbo largo el último resto de un vaso, y antes de quedarse dormida a mi lado, terminó—. Más aún, los que se afanan y ves más o menos realizados en trabajos serviles, por llamarlos de algún modo, pierden hasta su posible belleza... Esos trabajos poco creativos que cualquiera de nosotros puede hacer por relax o descanso y con toda dignidad, como lavar la ropa o servir una comida en un lugar público, al ejecutarlos como “profesión”, que dicen, les roba toda posibilidad de belleza... —y Olga Marruz comenzó a roncar.

A este amanuense le queda la seria duda de si no se habrá perdido en este capítulo, de si sus querencias no le habrán jugado una mala pasada. Intentará rectificar en lo que sigue.

En la primavera del tercer año de estancia en el valle del Mago, Simón había comenzado a preparar con el viejo Abdelhakim Bushakor la universidad ganadera de Hamam Masjutín. Fito Naser se encargó de informatizar el proyecto, como había hecho con la experiencia de resedentarización de manadas en el valle del Mago y la de relanzamiento de la trashumancia; quería que aquella fuese su última tarea allí, de alguna manera añoraba la casa del naranjal en la costa levantina española, y tenía previstos nuevos programas a experimentar para los que necesitaba cerca la biblioteca del Antiguo.

—Allí nací y allí crecí —le había comentado a su sobrina Leila Naser V aquel verano—. Algunos que no conocieron al Antiguo, muy jóvenes, le llaman la casa de Fito Naser. Tengo nostalgia o algo que se le parece.

Y Leila comprendía. También ella añoraba de vez en cuando Palermo. No consiguieron que Pepe el de la Colza, Tartabizco, accediera a desplazarse a la zona para participar en los cursos de la universidad ganadera; aducía, y Fito lo juzgaba razonable, su avanzada edad —debía rozar los 85

por entonces— y el hecho de que salir de las cuadras del chiringuito de Eulogio era hasta arriesgado para él. Tampoco consiguieron la más problemática presencia de Erik Anderson; sin más, comunicó que no quería saber nada de los ganaderos; Fito sonrió al conocer la respuesta; el Anderson estaba bien allí, en la casa del naranjal, rezongando maldiciones cuando alguien sin querer maltrataba el más mínimo tallo de los arriates del jardín del Babilónico. Sí se incorporaba, sin embargo, Miriam María, ahijada del Anderson, con casi veinte años de experiencia en pastos de montaña y pastos en tierras áridas; originaria de la casa del naranjal también, su actividad la había ejercido sin embargo en Oriente. Yosín se incorporaba también al proyecto; su año en el valle del Mago había tenido ese sentido particular de prueba y el bueno de Yosín se había ganado totalmente el corazón y el respeto del viejo Simón. De la zona de la gran muralla verde el Mago hizo venir a dos de sus antiguos colaboradores, un hamuín y un escocés pelirrojo y bullidor llamado Steve, tañedor de flauta. Pero el fichaje más sensacional fue el de un kurdo al que llamaban el hombre de la cara quemada o el hombre de la casa quemada, daba lo mismo, su rostro había sido desfigurado por el fuego en el incendio de su casa, en el que había perecido toda su familia, y él se había echado al mundo y pronto conectado —precisamente en Esmirna, con los hijos del agobio que se lo habían encontrado errante por tierras de Anatolia y se lo habían llevado allí en moto— con el paraíso de las islas; era un gigantón de maneras toscas y su rostro quemado no era repugante o repulsivo sino casi disparatado, con chispa cómica como de dibujo animado, y de color cambiante con el tiempo o con las diversas tonalidades de la luz en las distintas horas del día; su manía de cortarse el pelo y las uñas y esconder lo cortado en ocultos agujeros de árboles o casas a todos divirtió pero todos respetaron; a él le gustaba así; al parecer era ancestral forma suya de conectar con el más allá, con el misterio del tras la muerte. Fue Miriam María quien sugirió a Fito Naser aquel fichaje; le había conocido en Siria y respondía de su saber; el hombre de la cara que-

mada, que rondaría los cuarenta por entonces, se sintió orgulloso de que contaran con él en un programa tan atractivo como aquel de la universidad ganadera de Hamam Masjutín. Cuando llegó a Guelma paseó el pueblo a zancadas largas durante todo un día, caminó hasta Hamam Masjutín para hacerse una idea del terreno, y todo el mundo salía a aplaudir su paso y figura desgarrada y grandona; había caído bien.

Pero la universidad ganadera no podía entenderse ni separarse de la revitalizada trashumancia; tras aquel verano el valle del Mago, ya completamente abierto al exterior, y la casa despertador de pájaros pasaron a convertirse en un intersticio más de las rutas de nomadeo en un alto porcentaje ya trazadas. Al año siguiente, el año setenta del paraíso de las islas, ya se comenzaba a hablar de la Arcadia y de todos los puntos del paraíso de las islas acudía gente para sesiones periódicas de animación y trabajo allí; había nacido un nuevo paraíso. Yeni Musafér y Filis Shehade habían de continuar un año más y luego pasarían a ocuparse de otro proyecto paralelo algo más al este. Don Fion, Ali Hamuín, Catalina Ivanova, Imanol Tolosa y Estambuli Entrambosaires continuaron también en la región un par de años más y luego se desperdigarían por puntos dispares del paraíso de las islas; otros amanuenses supongo que los habrán de encontrar en otras latitudes, como a Nica Coprulu o al piloto Narciso Cornalino, uno de los primeros alumnos en la universidad ganadera de Hamam Masjutín; a raíz de aquel accidente en la avioneta, cuando dieron con su paradero las ovejas, y su recuperación bajo los atentos cuidados de Claudia Auani, a Narciso le había entrado afición a aquello del pastoreo y había pedido ser integrado en los próximos programas. Son verdaderamente historias interminables, como la vida interminable, que enmarcan todo esto que este amanuense se esfuerza en narrar de manera inteligible.

La gira de la compañía de Leila Naser, aquella primavera y aquel verano del tercer año de la experiencia simoniana en el valle del Mago, con los niños de mayo como prota-

gonistas en la programación, tenía un vago aire de despedida. Olga Marruz y el joven Hakim se entendían a la perfección y muchas siestas, cuando estaban de viaje, el joven guelmés era su medicina particular afectuosa; porque Sergei, de temperamento más nervioso, aunque se compenetraba bien con ella en la parte técnica de las grabaciones y sintetizador que utilizaban para las funciones, no soportaba las crisis de la Marruz. Cuando estaban con los grupos el problema desaparecía; a Olga Marruz le sobraban arrestos y recursos para enredar a quien deseara en aquel momento, elegido además al primer golpe de vista; y tras las funciones, nada; calma absoluta; la Marruz a roncar. Este amanuense se preguntaba si la obsesión de Leila Naser V de no dejarse penetrar, como ella decía, y que aún después de la maternidad conservaba intacta para desconsuelo —aunque ya estaba acostumbrado— de Estambuli Entrambosaires, no estaría relacionada con la larga convivencia con Olga Marruz, como instintivo rechazo de algo cuyas consecuencias no le agradaban, tanto o más que a la convivencia con su madre Leila IV, de tan ardiente temperamento también. De todas las maneras, no es importante. Y decía que aquella gira por las cañadas en obras y las cabañas de trashumantes tenían aire vago de despedida porque en el otoño la compañía había de disolverse; Hakim y Sergei de Duvronik se quedaron en Guelma y formaron nuevo grupo que en años sucesivos iba a organizar las movidas de espectáculo y distensión por todo aquel área y el de los nuevos grupos que se estaban formando más al este; Leila Naser V, desde Palermo, iba a formar también otra compañía nueva, totalmente integrada por mujeres, y sobre todo mujeres casentinasas, que un año después iba a tener papel decisivo en lo que se llamó la “toma de Casentina”, sobre la que este amanuense volverá más tarde. Y Olga Marruz, tras un período de tiempo en los estudios del chiringuito de Eulogio, cerca de la casa del naranjal, en la costa levantina española, tiempo en el que intentó —y con relativo éxito, aunque pronto se cansara de ello— volver a trabajar integrada en un grupo numeroso de salsa, volvió a su Caribe original, “a re-

frescar vivencias y recuerdos”, diría ella, en donde fue muy bien recibida por los grupos del nuevo paraíso de las islas que allí se estaban formando; como Nico, pronto Olga Marruz se convirtió en clásica mensajera entre el Caribe y el Mediterráneo. No es que la compañía de Leila Naser dejara de existir; emitía pseudópodos, como las amebas, como ellas se reproducía, se expandía como los grupos del paraíso de las islas, abrumadora de vitalidad, cada elemento o individuo era núcleo de nuevo grupo, y así. No quiero insistir en ello.

Pero la cúpula magistral de la experiencia simoniana fue trazada, diseñada con primor y presentada a los grupos por Fito Naser a lo largo de aquel tercer año de los trabajos en el valle del Mago. Aquel había sido año dramático en toda la zona saheliana a causa de la sequía; desde antes de la gran guerra era la sequía mal endémico de amplísimas zonas del sur del sur del mar porque estaba alcanzando a pueblos y grupos que hasta entonces habían podido sobrevivir, aunque con tanta sobriedad que muchos eran considerados como los más pobres de la tierra. A la zona de la gran muralla verde y territorio de hamuínés llegaban con frecuencia gentes de más al sur en viaje de huida y muchos de ellos habían terminado pasando a otros lugares, a veces muy distantes, en las islas o en la costa. Pero aquel año fue particularmente dramático porque las previsiones en las cosechas eran tan pesimistas que ni siquiera confiaban en que se alcanzara el cincuenta por ciento de la cosecha del año anterior, aunque mala e inferior a la del inmediato anterior, considerada aún como soportable. Y funcionó una especie de alarma roja a nivel planetario que tuvo una muy fuerte repercusión en todos los grupos del paraíso de las islas. Y Fito Naser, aquella primavera, ensayó un plan piloto de gran sencillez; conectar cada una de las cabañas que aquel año iban a trashumar en su zona con uno o varios de los pueblos o grupos puntos negros del hambre dándole a cada rabadán un informe descriptivo de las necesidades alimentarias del lugar que se le había asignado para que él y sus zagales planificaran la manera de obtener excedentes

de ganado que enviar a esos puntos sin que se dañara la vitalidad del rebaño. En las altas mesetas aquel verano se habló muchísimo de geografía, una especie de mapa invisible unía a todas las cabañas trashumantes y cada rabadán y cada zagal hablaba de aquel pueblo lejano como si del suyo se tratara. Estaba naciendo otra costa, límite o frontera a franquear. Pero estamos en el albor de otra pequeña epepeya que otro amanuense debe narrar.

~~5.— La fiesta de la flor y de la pintura de Suk-Ahrás, celebrada cada dos años, verdadera bienal internacional a la que los grupos de cavernícolas de la costa dálmata prestaban especial atención, se había celebrado como siempre a finales de mayo y coincidiendo con la movida de los niños de mayo y con el lanzamiento de las obras de las cañadas reales hacia el valle de la fuente de la Estrella o valle del Mago. Era inevitable el protagonismo de aquel naciente paraíso en la fiesta de aquel año y, de alguna manera, todo aquel espacio amplio en el que se desarrollaba la renacida trashumancia, las obras de las cañadas, la resedentarización de manadas salvajes y la revitalización de Guelma y Hamam Masjutín, y hasta la costa, fue alcanzado por la fiesta de la flor y de la pintura de Suk-Ahrás. El tema casi obsesivo de aquel año, podría decirse casi monográfico, giró en torno a una “Arcadia feliz”. En la mayoría de los grandes paneles pintados con que se engalanó la ciudad estaba presente el tema del pastoreo, y de las manifestaciones artísticas de aquella bienal una de las que más interesó a la mayoría fue la muestra muy amplia de carros y carrozas de tiro, de tracción animal —para asnos, mulos, caballos o bueyes—, totalmente pintados según la tradición siciliana y de islas adyacentes, una verdadera sinfonía de color y formas que enlazaba el gusto clásico más antiguo con las últimas tendencias pictóricas; uno de aquellos carros, “el carro de Saturno”, minuciosamente trabajado con aerógrafo, reproducía con fidelidad toda la gama de colores que~~